



CARLOS XII, REY DE SUECIA.



Carlos XII, hijo de Carlos y de la princesa Ulrika Eleonora de Dinamarca, nació en Stocolmo el 27 de Junio de 1682. Belicoso como todos sus ascendientes, ha sido uno de los mas extraordinarios príncipes que ha producido la tierra, y el único monarca que aspirando poseer todas las virtudes de los héroes, procuró evitar sus vicios, consiguiendo domar sus pasiones de una manera singular y sorprendente. Dotado de una organización robusta, de una actividad extraordinaria, y de un valor indomable, sus hechos parecen inverosímiles, y sus grandes cualidades, mas dignas son de admiración que de ser imitadas. Este guerrero célebre, que por sus brillantes conquistas llegó á alcanzar el renombre de *invencible*, empezó como Alejandro, y si bien no logró tener los talentos y la

suerte que este famoso capitán de la antigüedad, ha conseguido cuando menos ser colocado como el primer conquistador del siglo décimo octavo. A la edad de siete años sabia manejar un caballo; á los quince ocupó el trono de Suecia, y á los 18 supo vencer tres potencias poderosas coaligas, entre ellas la Rusia al frente del Czar Pedro I, denominado el *Grande*. Desde muy niño dió muestras de un carácter firme y decidido, y de aquel temple de alma superior que no pudieron vencer, ni los rigores del infortunio, ni los caprichos de la adversidad. Entreteníase un día mirando dos mapas geográficos; el uno de una ciudad de Hungría tomada por los Turcos á los Suecos: el otro de la ciudad de Riga, capital de la Livonia, conquistada por los Suecos: debajo del mapa de la ciudad de Hungría se leían estas palabras de Job: «Deus dedit, Deus abstulit, sit nomen Domini benedictum!» El joven príncipe pasa la vista sobre este mote, y apenas lo hubo leído, toma

un pedazo de yeso y escribe sobre el mapa de Ri-ga: «Dios me la dió y el diablo no me la quitará.»

Carlos XI, su padre, conociendo el carácter y talentos del joven príncipe, y con objeto de evitar las disipaciones propias de la juventud, á las cuales conocia ser su hijo bastante inclinado, trató de ponerle coto aun mas allá de su muerte, retardando, en su testamento, la mayoría de Carlos hasta los 18 años: 13 contaba este cuando su padre descendió al sepulcro; pero impaciente por gozar de todo su poder, se hizo declarar mayor de edad, quitando en el acto de la coronación de manos del Arzobispo de Upsal la real corona, y colocándosela por su mano en la cabeza, con aquel aire de superioridad del que se reconoce haber nacido para mandar. Federico IV, rey de Dinamarca, Augusto rey de Polonia y Pedro el grande, Czar de Moscovia, sin *mas derecho* que el de la fuerza, ni otras miras que la ambicion, se coligan entre si, adelantándose con imponentes ejércitos. Los momentos eran preciosos, y la Europa entera quedóse admirada contemplando aquella sangrienta lucha que se levantaba en el norte, y cuyo desenlace no podia menos de ser fatal para la Suecia. En efecto, ni podia esperarse otra cosa de una nacion exhausta de recursos, con un rey niño á la cabeza, amenazadas por las tres naciones mas poderosas de Europa, dirigidas por tres reyes, entre los cuales se contaba el célebre Pedro Alexiévits. Empero, Carlos que aun no habia cumplido los 18 años, pónese al frente del ejército sueco, ataca á todos tres, uno tras otro, invade la Dinamarca, sitia á Copenhague, vence al enemigo dó quiera que lo encuentra, y concluye en menos de seis semanas una guerra obstinada, humillando vergonzosamente á aquellos mismos que poco tiempo antes pensaban colocar sus aguilas triunfantes sobre las torres de Stoccolmo. Apenas concluida esta guerra, tórname el ofendido en ofensor, y marcha al frente de 9,000 bravos suecos á llevar la guerra al centro de las heladas regiones de la Moscovia. El Czar conociendo los proyectos de Carlos de sitiar á Narwa le sale al encuentro; pero su ejército es batido en tres distintos puntos, y Carlos despues de haber alcanzado tres victorias sucesivas en menos de tres dias, se presenta con sus nueve mil hombres en el campo de Narwa ante un ejército de 100,000 rusos y 150 cañones de bronce. El ejército ruso es derrotado completamente, y 30,000 hombres entre muertos y heridos, y el resto prisionero ó disperso, fueron el resultado de esta memorable jornada, cuyos gigantescos detalles recibirán con asombro las generaciones futuras. Carlos desplegó en esta batalla todo aquel valor de que estaba dotado. A las primeras descargas de la fusilería rusa fué levemente herido en el brazo izquierdo; casi al mismo tiempo murió á sus pies su caballo: el segundo que montó no fué mas afortunado, y montando con presteza en el terrero, dijo á un mayor general que estaba á su lado, «Estas gentes me obligan á hacer aquí mi picadero.»

Pocos ejemplos nos presenta la historia de tanta generosidad y civismo como mostró Carlos con los prisioneros de Narwa. Despues de dar libertad á todos, y no retener sino los oficiales, hizo entregar 500 ducados á cada oficial y 1,000 al generalísimo del ejército ruso el Duque de Croy, mandando ademas devolver á cada uno sus espadas. Carlos XII no tuvo en la batalla de Narwa mas que 200 soldados muertos y cerca de 800 heridos. El vencedor volvió sus armas en la primavera de 1701 contra Augusto, despues de haber derrotado completamente al Czar. Pasó el rio Dwina; batió al mariscal Stenau que le disputaba el paso, forzó á los Sajones, y consiguió sobre ellos una victoria señalada. Despues conquista la Curlandia, se apodera de Varsobia y gana la batalla de Clissov. Finalmente, pone en fuga el ejército sajón comandado por Stenau, sitia á Thorn y hace elegir en 1705 rey de Polonia á Estanislao Leczinski. Augusto reducido á la última estrechidad, demanda la paz: Carlos le dicta las condiciones, le obliga á renunciar al reino y á reconocer á Estanislao.

Estas campañas tan rápidas, seguidas de unos sucesos tan brillantes, dirigidas por un príncipe joven contra poderosos rivales y numerosos ejércitos, bastaron para esparcir el terror de sus armas desde la cúspide de Calpe hasta las márgenes del Obi. Grandes fueron los triunfos en humillar la Polonia y la Dinamarca coaligadas, obligándoles á recibir sus leyes; pero si tantos laureles pudieron hacer á Carlos temido de toda Europa, ningunos títulos pudieron evanecerle tanto como la gloria de haber humillado á Pedro el Grande, su rival de gloria. No satisfecho con estas victorias, formó Carlos el proyecto de destronar al Czar ó de hundirse entre las ruinas de Suecia, siempre pronta en sacrificarse por su rey; y si bien sus votos no fueron cumplidos, tambien es cierto que mas de una vez temió por la suerte de su imperio en su palacio del Kremlin. Su constancia en las empresas, su actividad infatigable, y su decision en el partido que debia abrazar, le hicieron temible á todas las naciones, y sus soldados ó su ejemplo se hicieron invencibles. Este es aquel hombre extraordinario que fatigaba tres caballos por dia, dormia á la intemperie en el suelo, sobre una tabla, en las heladas regiones de Noruega en el mes de Enero, y atravesaba rios y lagunas las mas veces con el agua hasta las espaldas.

Partió Carlos con objeto de destronar al Czar en Setiembre de 1707 al frente de 78,000 hombres. Los moscovitas huían desparramados á la aproximación del ejército sueco: era tal el terror que se esparcia al pronunciar el nombre de Carlos, que el mismo Pedro el Grande habia ordenado espresamente á sus generales que solo se batiesen cuando la ventaja estuviese de su parte. Los rusos abandonan á Grono á su llegada: el ejército sueco los pone en fuga, pasa el Boristene, trata con los cosacos, y viene á acampar sobre el Dezna. Gana la batalla

de Hollosio; batalla sumamente reñida y sorprendente; y el ejército ruso es batido nuevamente cerca de Smolenco por fuerzas considerablemente inferiores. En esta jornada adquirida á costa de tanta sangre, y en la que se hicieron por ambas partes prodigios de valor, estuvo en muy poco que el ejército sueco no tuviese que llorar la pérdida de su príncipe. Herido y muerto su caballo, fué rodeado por los enemigos, y solo por su denuedo y por la muerte de doce rusos que perecieron al filo de su espada, pudo librarse de una muerte que parecía inevitable. Carlos despues de muchas ventajas, avanzaba hácia Moscú por los desiertos de la Ucrania. Finalmente, la fortuna cansada de militar en sus banderas, abandonóle en Pultowa el 8 de julio de 1709 (1). El ejército sueco fué completamente destruido en esta sangrienta jornada, y Carlos gravemente herido, vióse reducido á buscar un asilo entre los turcos. He aquí hasta donde llevaron sus brillantes hazañas á este guerrero, y aquella sed ardiente de pelear que le devoraba, y á la que debió pocos años despues el fin de su agitada carrera. Rival audaz de Pirro y de Alejandro, su estrella se eclipsó en esta batalla para no brillar mas, y su bizarro ejército ora diezmado al filo del acero ruso, ora mutilado por los hielos y los pantanos, sufrió la misma suerte que cien años despues le estuvo reservada á aquel ejército invencible á quien solo pudo destruir el rigor de los elementos.

Carlos XII fué recibido del Gran Señor con toda la pompa y obsequios á que era acreedor un guerrero cuyo nombre se habia oído con admiración en todos los ámbitos de la Europa. Dióle una escolta de 400 tártaros, y un suntuoso hospedage: mas como el deseo del rey de Suecia no fuese otro que escitar la guerra entre la Rusia y la Puerta, bien pronto su acogida fué considerada como un molesto hospedaje, del que era necesario deshacerse. Quiso-sele obligar á partir, y como el ilustre prisionero no habia nacido para ser mandado, ni respetaba la fuerza, se defendió en su casa de Vender con cuarenta criados contra todo un ejército turco. Imposible es leer este suceso sin quedarse pasmado al considerar cómo pudo concebir posible una resistencia duradera, y mas asombro aun, que escapase con vida. El hecho es que Carlos XII atrincheró su casa, que los sitiados hicieron prodigios de valor, y que solo se rindieron cuando el rey de Suecia, habiendo tropezado en sus espuelas, cayó en tierra. Trasladado al cuartel del Pacá y de allí al serrallo de Vender, se le cedió una elegante habitación, adornada con todo el lujo oriental. Habiendo ido á verle al siguiente dia un tal Fabricio, á quien el rey trataba con familiar franqueza, hallóle todo cubierto de sangre, quemadas las cejas, y desgarrado el vestido; recibiólo como acostumbra, y

como se hablase de la refriega de Vender y le dijese Fabricio que se aseguraba que el rey de Suecia habia muerto por su mano 20 genizaros: «Bueno, bueno, contestó Carlos, siempre se aumentan las cosas en la mitad.»

Su estancia en Turquía prueba de una manera evidente hasta qué punto llegaba la inflexibilidad y firmeza de su carácter. No solamente no correspondia á los obsequios y homenajes que se le tributaron, sino que no habiendo podido conseguir ni por amenazas ni por intrigas lo que deseaba, despreció á los turcos é insultó al sultan, sin conocer que estaba entonces en sus manos y no era otra cosa que su prisionero. Entristecido por sus desgracias, permaneció diez meses en la cama, sin mas enfermedad que su despecho, ni otro objeto que pasar el tiempo. Por último, Carlos viendo que sus esperanzas eran frustradas, y cansado de vivir entre los turcos y de permanecer en inacción, salió para sus estados el 1.º de Octubre de 1714. Corrió mas de trescientas leguas en posta, sin mas compañía que la de un jóven llamado Daring, y llegó á Stralsund de Pomerania, sobre la costa del Báltico, el 22 de Noviembre. Sitiado en esta ciudad tuvo que volverse á Suecia en el estado mas lastimoso; pero como los reveses no habian podido templarle el deseo de combatir, no tardó mucho en invadir la Noruega con un nuevo ejército de 20.000 hombres, acompañado de su cuñado el Príncipe de Hesse. Difícil sino imposible seria narrar minuciosamente todos los brillantes hechos de armas, todos los rasgos de valor de que dió tantas pruebas Carlos XII en el curso de su azarosa carrera. Su valor personal que rayaba mas bien en la desesperacion, y su serenidad en medio de los peligros, mas bien puede admirarse que describirse. La historia no nos presenta ejemplos de esta clase, ni de aquella robustez y dureza de temperamento de que estaba dotado el rey de Suecia. Habiendo salido un dia á reconocer los trabajos de una fortificación, una bala de fusil traspasándole la bota le rompió el hueso del carcañal. Sin embargo, prosigue tranquilo casi seis horas montado, sin manifestar la menor mutacion en su semblante ni prorumpir una sola queja, y así hubiera permanecido mas tiempo, si no hubiera observado la comitiva que su bota estaba ensangrentada. Llévosele á su tienda, mas cuando llegaron los cirujanos, la gangrena se habia desarrollado, y solo con la amputacion de la pierna podia salvarse la persona del rey. En este conflicto un cirujano mas atrevido asegura salvar la pierna por medio de incisiones profundas; el rey al oír su dictámen, «trabaja pues, al instante, dijo con la mayor sangre fría, saja con atrevimiento, nada temas, y el mismo sin ayuda alguna sostenia su pierna con sus dos manos, sin escapar el mas imperceptible, ¡y!

Formó Carlos el sitio de Friderik Hall, plaza fuerte en la embocadura del Tistendall en el mes de Octubre de 1718. Una bala perdida le dejó sin vida en la noche del 12 de Noviembre de dicho año

(1) No hace mucho tiempo se leía en un periódico extranjero, que el vestido que Carlos XII llevaba en esta batalla, se vendió en el año de 1825 en Edimburgo en 22,000 libras esterlinas, ó sean 2.090,000 rs. vj.

de 1718. Su muerte ha sido atribuida á diferentes causas, segun el parecer de los diversos historiadores que han escrito sobre la vida y hechos de este célebre guerrero. Segun dice Voltaire en su *vida*, la muerte de Carlos XII fué ocasionada por una bala disparada de la plaza sitiada en la noche del 30 de Noviembre, en que acompañado de su ayuda de campo y de un ingeniero llamado Megret, reconocia los trabajos de la fortificación. Esta opinion es seguramente la mas probable, si se consideran los infinitos datos que reunió este elegante escritor para formar su obra. Algunos han dicho que Carlos XII habia sido asesinado por el ingeniero Megret á instancias de un oficial llamado Cronstedt. Los que esto afirman, añaden que habiendo remitido al ingeniero la pistola que sirvió para matar al rey, la tomó despues de ejecutado el hecho, y la guardó hasta su muerte colgada en su gabinete. Esta opinion carece, á mi entender, de toda probabilidad y verosimilitud, porque de otro modo no es posible que dejasen de verlo las demas personas que estaban inmediatas al rey, que se supiese en el ejército, y finalmente que Voltaire hubiese hablado sobre esta particularidad, aunque la hubiera consignado como dudosa.

Entre los distintos escritores que han hablado sobre las circunstancias de la vida de este monarca, se observa diversidad de opiniones, como sucede por lo comun. El presidente Montesquieu dice de él, que Carlos XII no era un Alejandro; pero que él hubiera sido el mejor soldado de Alejandro. Este príncipe, dice Duclós hablando del rey de Suecia, tenía relevantes prendas, y sus estimables cualidades le hubieran hecho apreciar, sino hubiera sido mas que un particular. Algunos le caracterizan con el nombre de el Don Quijote del Norte. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que Carlos XII merece un lugar distinguido entre el catálogo de los guerreros; y que si su educacion hubiese sido otra, y sus brillantes dotes no las hubiera poseido con aquella vehemencia y exageracion que degeneran en vicios, él hubiera labrado la felicidad de su país, así como ocasionó su ruina.

Aunque Carlos XII no pudo entregarse por su espíritu belicoso al cultivo de las ciencias y de las letras, con todo no dejaba de tener por ellas un gusto decidido, como lo prueban diversidad de ejemplos. En el intervalo que transcurrió desde la batalla de Pultawa hasta su regreso á Stralsund en 1716 y su irrupción en Noruega en 1718, subyugó á Sund, ciudad antigua de la Scania: durante este tiempo manifestó un gusto particular por las ciencias, asistiendo frecuentemente á las lecciones de los profesores de la universidad. Un día que los encontró á todos reunidos en la gran sala de ejercicios públicos, manifestó el deseo de oír en el momento sostener públicamente una tesis; como sus deseos eran órdenes, y su afición por las ciencias no le hacian perder la vivacidad de su carácter militar, aunque nadie estaba preparado á esta propo-

sicion, J. J. D. profesor en medicina, improvisó un excelente discurso en latín, tomando en seguida por objeto de la tesis la proposicion siguiente: «*Objeta movent sensus, non tan rationis cuantitatis, cuam rationis qualitatis.*» Q. profesor de matemáticas, se encargó de combatirla, entablándose la polémica en toda regla. Aunque el objeto era abstracto, el rey por su estremada vivacidad no perdió una palabra de las objeciones, ni de las respuestas, prestando hasta la conclusion de este acto académico toda la atencion de que era capaz. Cuando todo fué concluido, manifestó al profesor D. la satisfaccion que habia tenido en oírlo, le duplicó el sueldo, y mandó expedirle cartas de nobleza. Un caso respecto al modo con que Carlos sabia honrar á sus súbditos, muy parecido á este y sumamente curioso, se ha referido ya en el tomo 9, página 16 del Semanario.

Carlos XII, dice Voltaire, poseia todas las virtudes de los héroes en un grado tan estremado, que fueron en él tanto ó mas peligrosas que los vicios opuestos. Su liberalidad estremada y las mas veces inoportuna, le redujo en ciertas ocasiones á no tener que dar, y á muchos de sus súbditos á no tener que comer. Grotusen, su tesorero y favorito, era el dispensador de sus liberalidades. Presentóle un día una cuenta de sesenta mil escudos con la siguiente inversion: diez mil escudos dados á los Suecos y á los Genizaros por orden de S. M. y el resto comido por mí. «Ved (dijo Carlos á los circunstancias) como quiero yo que mis amigos me rindan sus cuentas. Mullerme me hace leer páginas enteras para sumas de 10.000 francos... Yo quiero mejor el estilo lacónico de Grotusen.» Su generosidad, y su espíritu humanitario y compasivo eran estremados. Habiendo encontrado un día de batalla á un joven oficial sueco, herido y sin poder andar, apeose Carlos de su caballo, y haciéndole montar en él, continuó combatiendo á pié al frente de su infanteria. Un soldado le presentó un día durante los largos y crudos padecimientos de la campaña de 1709, un pedazo de pan negro y enmohecido, hecho de cebada y avena, único alimento que tomaban las tropas entonces, el cual faltaba muy á menudo. Recibió este príncipe el pedazo de pan; comiólo todo á presencia del ejército, y dijo despues con la mayor frescura. «No es bueno, pero se puede comer.»

La princesa Lubomirski que estaba en buenas relaciones con el rey Augusto su enemigo, tomó el camino de Alemania para huir de los horrores de la guerra que desolaba la Polonia en 1705. Hagen, teniente coronel sueco, advertido de este viage y creyendo hacer un gran servicio á su rey, se puso en emboscada y consiguió hacerse dueño de la Princesa, de sus equipages, de sus piedras ó joyas, y de su ropa y dinero, objetos todos de un valor considerable. Carlos informado de esta aventura, escribió á Hagen de su propio puño la siguiente carta orden. «Como yo no hago la guerra á las damas, el tenien-

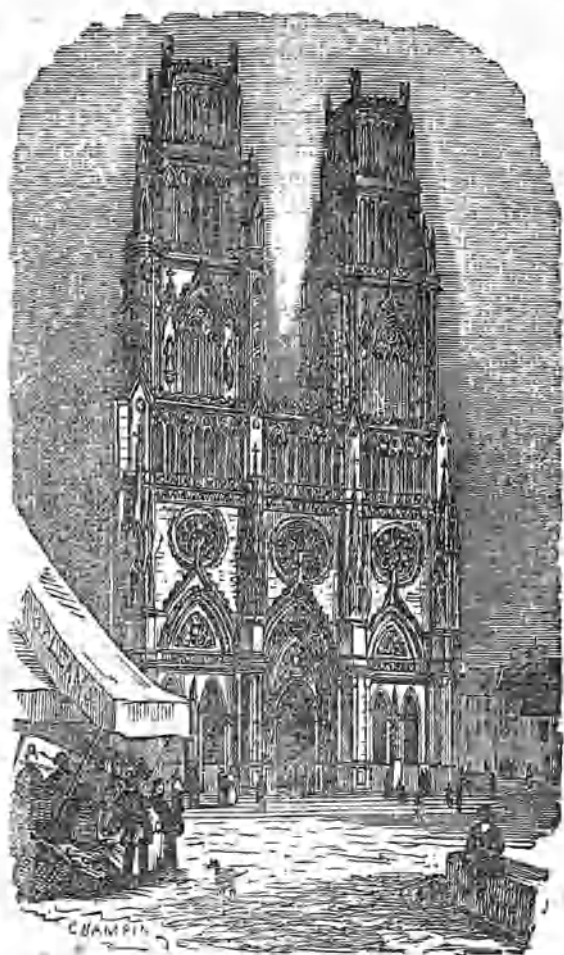
te coronel la escoltará hasta las fronteras de Sajonia....»

Este hombre extraordinario, que no conocía otra ambición que la de la gloria, atacó y batió en Lituania un cuerpo ruso. Entre los vencidos quedados sobre el campo de batalla, vió un oficial francés que excitó su curiosidad: era este un tal Busamville que respondió con una gran presencia de ánimo á las preguntas que se le hicieron, añadiendo que moría con el sentimiento de no haber visto al Rey de Suecia. Diose á conocer Carlos y Busamville alzando la mano derecha dijo con un aire lleno de satisfacción: «Yo he deseado hace muchos años seguir vuestras banderas; pero la suerte ha querido que yo sirviese contra un tan grande Príncipe: Dios bendiga á V. M. y dé á sus empresas todo el suceso que desee...» Trasladado á una aldea este desgraciado, espiró algunas horas despues. Enterado Carlos del suceso, mandó que se le enterrase con grandes honores, y que los gastos se hiciesen á espensa suya.

Carlos XII meditó planes que tendian á cambiar la faz de la Europa. El Czar se unió con él para restablecer á Estanislao sobre el trono de Polonia y para destronar su competidor. Le facilitó navios para arrojar la casa de Hannover del trono de Inglaterra y colocar al pretendiente; y tropas de tierra para atacar á Jorge en los estados de Hannover. El reinado de este Príncipe no puede menos de considerarse como una catástrofe para Suecia, y una plaga para el linaje humano. Millares de hombres destruidos por el hierro y el fuego fueron el resultado de aquel frenesí guerrero que le dominaba, y al que sacrificó los mas caros intereses. Durante su reinado, la Suecia se habia convertido en un pueblo puramente guerrero: no se oian mas voces que las de la trompa de Marte, no mas ruido que el de la artillería, ni se conocian los hombres mas que por su valor y pericia militares, ó por haberse batido en los campos de Clissow, Hollosin y Narwa...

Bajó Carlos al sepulcro á los 36 años y medio de una vida borrascosa y agitada, llevando tras sí las lágrimas de todo su ejército, de todos los valientes y de todos los amantes de la gloria. Impávido al frente de los peligros, generoso despues de la victoria, y constante despues de los reveses, tuvo siempre sobre sus émulos cualidades superiores: y á pesar de los males infinitos que sufrió su reino, la Suecia no pudo menos de sentir vivamente la pérdida de un Monarca que tanto habia anhelado su prosperidad y engrandecimiento.

JOAQUIN GARCIA DE GREGORIO.



MONUMENTOS RELIGIOSOS.

LA CATEDRAL DE BOURGES.

L ornato público es sin duda la prueba mas imparcial y patente de la civilización de un pueblo; la arquitectura marcha siempre á una misma altura con los adelantos sociales, y en ella se refleja, como en un espejo, su estado, sus relaciones y los progresos ó atrasos que hayan experimentado, ya por los cambios políticos, ya por las influencias de la marcha ascendente ó decadente de aquel cuerpo moral, sujeto como el físico á ciertas vicisitudes distintas, transitorias, raras. Los monumentos religiosos, desde que el cristianismo estendiendo su bandera, inculcó las evangélicas y consoladoras máximas del Crucificado, son los que mas han sentido aquellas convulsiones, porque á ellos necesitaba refugiarse esa multitud inerme, ciega, tal vez estúpida, que cree porque nació creyendo, y esa aristocracia desniveladora, que cuando vé el peligro amagando su cabeza, quiere confundirse entre los harapos que despreciaba, porque su conciencia entonces equilibra las acciones, y rasga la venda del fanatismo social, para presentarle el cuadro de la religion santa ante la cual las jerarquías se forman por los hechos exclusivamente.

En Francia, en ese país azotado tan cruelmente por las olas revolucionarias: en medio de ese continuo choque de ateos y politeístas, de esas sublimes inteligencias que en fuerza de desentrañar todo, vienen á creer que nada debe creerse: en ese país, decimos, donde la fé es un ramo de lujo, y la religion un espectáculo como otro cualquiera, hay consagrados al único Dios monumentos tan magníficos, tan grandiosos como grandiosos y magníficos (son los misterios que bajo sus bóvedas se celebran al acompasado son del órgano magestuoso.—Vamos á concretarnos en estas breves líneas á la Catedral de la ciudad de Bourges.

En la puerta de la iglesia hay una linterna, y debajo se abre paso á los viajeros para la puerta de la iglesia subterránea. Las cincuenta y nueve claraboyas ó ventanas que la adornan, reparten sobre los cincuenta y nueve pilares que la sostienen, la luz azul, verde y rosa de sus magníficos vidrios, y cuando el sol muriente lanza su trémulo y último rayo sobre la gran rosa, inunda todo el templo de colores vivos y reflejantes, como los que se observan al través de un cristal ochavado por distintas partes. Hay en esta iglesia comunmente un *cicerone*, que poseyendo á fondo la biografía de todos los santos colocados sobre los vidrios, y de todos los augustos personajes repartidos por el edificio, presta al curioso viajero mas detalles quizás de los que él quisiera.

La capilla de la *cripta* está colocada debajo del altar mayor de la nave superior; una reja de hierro la rodea, y dos pequeñas lámparas arden en ella noche y día; sobre la pared hay esculpidas en relieve dos figuras sagradas que representan á Jesus traspasado de dolor y adorado.

Lo demas del edificio interior está en armonia con lo que hemos dicho; lo mas sorprendente sin duda es su fachada exterior, cuya exacta copia encabeza este artículo. En las dos torres laterales hay, como se vé al presente, desigualdad, y en los calados de ellas demasiada prolijidad para una obra que se mira de lejos y como por un efecto de óptica; su elevacion es considerable. Sin embargo esta catedral es una de las mejores de Francia, y la honra sin duda del pueblo de Bourges; por eso repetimos que en los edificios religiosos es en donde debe buscarse el adelanto social, si se ha de creer, como indudablemente se creará en el principio de que el ornato ó los monumentos públicos son la mejor muestra del estado de cultura y civilizacion de un Estado.

El temor de hacernos pesados nos detiene en otras reflexiones, pero procuraremos en artículos posteriores, y presentando, como hoy, grabados esactos, poner en paragon las diversas arquitecturas modernas de las naciones florecientes, para que nuestros lectores puedan juzgar desde sus moradas la verdad que sentamos al encabezar este artículo.

RAMON DE VALLADARES Y SAAYEDRA.

VIAJES.

La tumba del general Valdés.



Orría el año de 1839 cuando tocaba el suelo arenoso de la isla de Leon, despues de haber cruzado el estrecho, viniendo de Gibraltar. La amistad era el móvil que allí me conducia, para estrechar á cierto amigo, compañero un tiempo en mi literaria carrera, y de quien hué de separarme al emprender la de las armas.

Unido con este, recorrimos todo lo notable de aquella poblacion, y nos encaminamos una tarde hácia su cementerio, distante un poco de la misma, con el solo objeto de visitar el modesto sepulcro del general que lleva por epigrafe este artículo. El aire llamado *solano* soplabá por aquellos dias tan fuerte, como en semejante estacion y en aquel clima acostumbra, levantando ante nuestra marcha encontrados remolinos de polvo; y el sol cual una masa oblonga y enrojada bajaba ya al horizonte, y parecia que iba á sumergir su disco en el inmenso espacio de mar que alcanzábamos con la vista. Contemplando este espectáculo, llegamos á la puerta de este recinto, que custodiaba un solitario guarda. Único ser entre tantos como habian dejado de serlo, único habitante, entre aquella poblacion inherte; este guarda tenia allí su habitacion y su morada, como aquel, á quien en una Ciudad hubiese salvado el Vesulvio, de la lava con que la inundára.

La costumbre de enterrarse en las Iglesias hasta los tiempos de Carlos III, ha sido en España un obstáculo para la construccion de esos magníficos enterramientos que el viajero admira por la culta Europa. Aun subsiste en nuestros dias esta fatal costumbre en los pueblos de las provincias Vascongadas, y todo el celo de sus recientes autoridades se estrellan de continuo contra el interés particular de sus Curas, ante el pan y la cera que ofrecen sobre las sepulturas de sus iglesias. Y no cabe duda, que el padre y el marido deben sentir una estremada repugnancia, al depositar los restos de su cariño en un fragoso campo marcado solo con una cruz de palo; para no preferir el sagrado lugar de un templo, y lo reservado de sus hondas huesas. Esto es tan natural, que el que dirige estas líneas lo ha sentido así mas de una vez, aunque por un público deber haya tenido que sacrificar tan naturales sentimientos. Si el que llora la pérdida de los suyos tuviera el consuelo de hallar un lugar digno donde depositarlos, las leyes se verian mejor cumplidas, y no se encontrára el que nanda en tan cruel alternativa. La religion debe imprimir en ellos su santo aspecto, y la humanidad y la civilizacion, su gusto y su embellecimiento. Mas solo Bilbao con su cementerio moderno, aunque costoso y monotono; solo el de Jerez de la Frontera donde se elevan cenotáfios de un valor Romano, y un panteon iglesia con el lujo de los siglos medios; so-

lo el que nos ocupa con algunos otros, son en España las escepciones de este aserto. Y si en el de la Isla no se encuentran los mirtos y las flores, los bosques, y las estatuas de los del Padre *Lachaise*, nótese en su todo cierta gravedad, y diversidad y riqueza en sus esparcidos mausoleos.

Porción de estos se elevan en aquel recinto á la derecha é izquierda de su entrada, y no como en Sevilla y otros puntos donde solo nichos ó cañones se construyen á su alrededor, produciendo su repetición la mas fatigosa regularidad. Pues entre estas tumbas, habia una somera, en forma de un simple atahud, y tan sencilla, que ningun signo, alguna letra ó señal velase sobre su prominencia. En vano me afanaba por encontrar alguna inscripción, algun blason ó trofeo del personaje que guardaba. Solo en uno de sus áridos ladrillos habia señalado la mano piadosa de algun viajero este nombre... **VALDÉS**; en efecto, allí reposan los mortales despojos del Capitan general que fué de la Armada Española, el *Excmo. Señor D. Cayetano Valdés*. Bajo tan modesta tumba se ocultan las cenizas del varon fuerte que peleó cual bravo marino en las ensangrentadas olas de Trafalgar; el que con segura mano dirigió el timon de la regia falua en 1823; el que vivió en la emigración, por no poder ver á su patria libre y feliz; y allí, por último, está reducido á un puñado de polvo, el que habia mandado la muerte sobre las olas de los mares.

Por el mismo tiempo, y en el año de 1844 pisaba por primera vez el territorio francés, deteniéndome en Bayona.

Una mañana en que los rayos del sol, alternaban con las lluvias de algunas pasajeras nubes. (como es allí muy frecuente) dejando pendientes mil perlas sobre los multiplicados árboles de aquella tan cultivada campiña; recorría el camino de *Bañeres*, deteniéndome cierto irresistible impulso ante la quinta del Sr. *Miñano*, y corría á sepullarme por otra involuntaria curiosidad bajo el umbroso bosque de árboles que cobijan las ruinas del imperial palacio de Marrac (1)

Entre estas que ya sofocan la yerba, se notaban aun las antiguas labores de mirto, de las que guardé algunas hojas en mi cartera, como de particular memoria para un español. ¡Oh, cuánto hablaba aquel sitio á mi imaginación! Aquel mirto y aquellos oscuros muros habian sido mudos testigos de la ambición del gran hombre del siglo, sobre el trono de nuestros antiguos reyes; cuántos pensamientos no habian surgido entre aquellas célebres paredes! ¡Cuánta humillación no habian presenciado tambien! Saliendo del parque de Marrac para volver á la ciudad, el acompañante me llamó la atención sobre su rememterio, el que se encuentra á la izquierda, volviendo con dirección á surecinto.

(1) Esta quinta de la antigua pertenencia de un judío, fué comprada por Napoleón, y en ella firmó el 17 de julio de 1808 su célebre decreto para la reunión del gran consistorio central ó *Szachredin* de los judíos y restablecimiento de su nación.

Me dirijí á él, y lápidas de refugiados españoles fueron las que al punto se presentaron á mi vista. Natural de *Garnica en Vizcaya*, fué lo primero que leí en sus inscripciones. ¡Cielos, exclamé, morir bajo extraño cielo, los que mas aman el propio! Mas una triste idea cruzó luego por mi frente desvaneciéndose mi sorpresa. Contemplé, que hace cuarenta años que la España se agita entre convulsiones intestinas. Estas han producido las emigraciones, y estas contribuyen por desgracia á que Bayona levante sus nuevas plazas y sus nuevos anfiteatros: ¡y ojalá que este único inconveniente nos acarreará!

Infinidad de sepulcros se levantan sobre su suelo, si bien la plaza no permite como fortaleza el que su elevación pase de cierta altura, produciendo esta igualdad alguna monotonía. Entre estos habia uno cercado á corta distancia por una reja, quedando desde sus hierros al monumento una faja de tierra, toda poblada de arbustos y flores. El cenotafio era de piedra blanca con una losa de mármol negro, y con caracteres de bronce. Su testero estaba dominado por una cruz de hierro, y colocada sobre un círculo del mismo metal que ajustaba dos cristales cóncavos, dentro de los que aparecia una corona de siempre-vivas resguardadas así de la inclemencia. Dos cipreses á manera de cirios, se elevaban á sus pies, y un pequeño sauce dejaba caer su lánguidas ramas sobre la lápida y el sepulcro. Mas no concluía aquí la composición de este cuadro. Veíase tambien una joven de talle y cintura esbelta, con traje y sombrero negro, la que se multiplicaba del un extremo al otro del monumento, y mas de una vez la gasa ligera de su sombrero flotó por el viento sobre las puntas de los dos cipreses. Escusado será el decir, con que empeño no preguntaría á mi acompañante por las particulares circunstancias de aquella figura tan sentimental y poética. Es *Mademoiselle*... hermana de otra de 14 años que está sepultada en ese sitio: me respondió. Ella es la jardinera de esa tumba, y la que viene de continuo á remover con sus manos la tierra que produce las flores con que se adorna.

A tal punto llega la cultura estrangera respecto á sus sepulcros, y tal el contraste que puede formar esta tumba, con la del general Valdés en la ciudad de San Fernando.

MIGUEL R. FERRER.



TEATRO DE VARIEDADES.

Primera representación del drama histórico en cuatro actos de D. RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA, PARA UN TRAIDOR UN LEAL.

Difícil es la tarea del que, al tomar la pluma, se propone escribir la razonada crítica de una obra literaria: difícil es, sobre todo, cumplir bien con el empeño de examinarla justa e imparcialmente, y ofrecer á un público que ha formado ya su juicio, el juicio mas ó menos bien fundado que nosotros formamos. Porque el público es incrédulo casi siempre acerca de la buena fe del que alaba ó censura producciones ajenas, y, necesario es también decirlo, muchas veces es laudable su incredulidad.

Cuando las personas que concurren á la representación de un drama nuevo han visto en él bellezas y rasgos de genio, y después miran impresa una crítica que le hace aparecer como absolutamente destituido de toda cualidad recomendable, no pueden menos de conocer que las pasiones, esa muerquísima envidia, por desgracia harto frecuente, ó otro motivo poco generoso, han dictado las palabras del que encuentra lunares donde no existen, y se complace en aumentar los que debiera perdonar por cortesía. Este es uno de los casos en que con razon se vuelve incrédulo el lector: el otro tiene lugar cuando á una obra del ingenio se la considera exenta absolutamente de sombras que amenguen su brillo, y se prodigan estrechitos elogios á lo que, segun la vista de un observador atento y desimpresionado, no los merece. También es bastante común este otro caso.

Peró sucede aquí lo que en la mayor parte de las censuras tácticas del público lector: se establece una regla general apenas se ha logrado observar un hecho algunas veces, y por esta regla se fallan todos los casos y todas las personas. Si una arrogante inspiración nos arrebató á un apasionado concepto á la conmueve, cuando estampamos en el papel la verdadera impresión que en nosotros produjo, se mira con prevención nuestra crítica y se tachó de exagerada nuestra observación; sin que sea necesario decir que lo mismo se verifica en el caso contrario.

Peró sin embargo, á nosotros nos bastó cumplir con lealtad el deber de examinar recta y desimpresionadamente la última producción del jóven y aventajado escritor D. Ramon de Valladares y Saavedra, sin que consideremos necesario protestar nuestra buena fe, porque esta mas bien se dedució del juicio que presentamos que de las protestas que pudieramos aducir.

Entremos ya en materia.

El drama *Para un traidor un leal*, de que nos vamos á ocupar, pertenece al género histórico-político que tan en boga se halla en nuestros dias. Esto ya es por sí solo una recomendación en la parte literaria; puesto que son muy grandes las dificultades que se ofrecen para llevar á cabo un plan, ateniéndose en lo posible á la verdad histórica, y amenzando el argumento con ideas políticas que no ofendan á los partidos en que por desgracia nos hallamos divididos, y por consiguiente será un mérito haber sabido conducir felizmente al desenlace un argumento que ha tenido que superar todas estas dificultades.

Peró sentimos no estar de acuerdo en esta parte con las ideas que dominan por lo general. Nosotros creemos que la política jamás debe hacer resonar su voz en la escena, y mas aun, creemos comprometido y pernicioso, llevar á ella todas las finestas pasiones que tanto trabajan el espíritu de las naciones civilizadas. El teatro, á nuestro ver, es puramente una escuela de costumbres, en la que se aprende á conocer el corazón humano por medio de ejemplos vivientes, de personajes tales como los que nos crean en la vida social: cuando mas, y ya que no se quiere escribir únicamente de costumbres, deben presentarse en las tablas personajes que exciten los sentimientos dulces de todas las almas; personajes que conmuevan inclinando al bien y á la compasión insensiblemente. No hablamos ahora de esas otras producciones ligeras que sirven solo para entretener el tiempo. Mas excitar las discordias y encender las pasiones, como no puede menos de suceder en tratándose de política; dar pábulo á odios de partidos siempre dispuestos á aborrecerse mutuamente, ni nos parece conveniente, ni nos parece útil bajo ningún concepto. Y no es esto solo. El público que asiste á los teatros no se compone de reyes ni de potentados; se compone sí, de lo que propiamente

debe llamarse pueblo; y los escritores dramáticos tienen que adular á los espectadores cuando se trata de político, si han de merecer siquiera ser escuchados con placer. Por este razon, todo drama político ha de ahogar al pueblo y deprimir y escarnecer á las personas encargadas de regirle, si ha de componerse con pretensiones de buen éxito: y digásemos si esta continua excitación al desprecio de los poderes constituidos, y este alarde impetuoso de la fuerza de un pueblo, conducirá sino á producir un desorden de ideas del todo contrario á la prosperidad de las naciones: porque, desengañémosnos, ni existen gobiernos que hagan mal por hacer mal, ni esos pueblos generosos que espontáneamente se levantan contra un poder opresor, y le combaten y le vencen en un punto, han existido mas que en el teatro.

No decimos esto por el drama del Sr. de Valladares, que aunque político, está muy lejos de tener semejantes tendencias, y que no se roza mucho con las cuestiones del dia: lo decimos en general por las composiciones de este género.

Si al trazar el poeta su drama hubiéramos estado presentes, no hubiéramos vacilado un momento en aconsejarle que empleara su valiente y correcta versificación en un argumento de otra especie: peró esto mismo que nos parece un mal, será sin duda un mérito mas para muchos.

La obra de que nos ocupamos, considerada literariamente, tiene bellezas que nadie puede negar, y que fueran apreciadas con justicia por todos los concurrentes á la representación. Allí hay pasión, hay vehemencia, hay genio en fin, y nosotros aconsejamos al jóven Valladares que no se desvie de una senda que tan ventajosamente ha comenzado, y en la que le esperan dias de gloria mas brillante que la alcanzada por él en el teatro de Variedades.

Quisiéramos ofrecer á nuestros lectores algunas muestras de la arrogante versificación sostenida en todo el drama: quisiéramos también presentar á su vista varios lindas estrofas en que el autor descubre, quizá sin advertirlo, esos sentimientos melancólicos y amargos á la vez que brotan del corazón: peró nos vamos estendiendo demasiado en la crítica de un drama y por esto no podemos cumplir nuestro deseo.

Los actores se esmeraron cuanto les fué posible, distinguiéndose especialmente el Sr. Betrell que supo comprender su papel, y así lo conoció y lo manifestó el público.

El autor fué llamado con obstinacion por todos los espectadores, y cuando se presentó en la escena, le fueron arrojadas coronas, y se le dieron merecidos aplausos, por los que le felicitamos sinceramente.

Concluimos diciendo, que hubiéramos deseado ver ejecutado al menos en un local mas espacioso, el drama *Para un traidor un leal*; porque ciertamente era digno de representarse en un escenario mas magestuoso, y presenciarse por un público mas numeroso que el que puede concurrir á Variedades.

ANDRÉS DE CACCA.

DESCRIPCION HISTORICA Y ARTISTICA DE LOS REALES SITIOS DE ARANJUEZ, LA GRANJA Y EL ESCORIAL, con sus fuentes, jardines y palacios. Se vende a 12 reales en Madrid, en las librerías de Sanchez, calle de la Concepcion; Castillo, calle de las Carretas; Cuesta, calle Mayor; y en las Administraciones de Diligencias Peninsulares y del Escorial. En provincias 14 rs.

COMPENDIO ELEMENTAL DE ARQUEOLOGIA, por D. Basilio S. Castellanos. Tres tomos en 8.º que se venden á 36 rs. en Madrid en la imprenta calle del Duque de Alba, núm. 13, y en la librería de Sanchez, calle de la Concepcion. Para las Provincias en casa de los corresponsales del *Semanario Pintoresco*, donde se puede verificar el pedido.

En obsequio á los suscritores del *Semanario*, se les remitirán francas de porte ambas obras, no exigiéndoles mas precio que el que tienen en Madrid.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 13.